

car el templo de Dios; pero mejor le hubiera valido conservar para Dios el templo de su cuerpo, ya que por contentarlo perdió el cuerpo, el alma y a Dios (*Apol. David*. 1.2). Tratemos a nuestro cuerpo como trataríamos a un caballo fogoso que montáramos, a quien siempre habíamos de sujetar con la brida tensa. Dice además San Bernardo que hemos de contrariar a nuestro cuerpo, como el médico contraría al enfermo que pide lo que le daña y rehusa lo que le es útil. Si el médico concediera al enfermo, por contentarlo, lo que sería causa de su muerte, ciertamente que sería cruel. Persuadámonos también que «el complacer al cuerpo no es caridad, sino la mayor crueldad que pudiéramos tener con nosotros mismos, pues por contentar un momento a la carne, condenaríamos al alma a eternos padecimientos»; es pensamiento de San Bernardo (*Apolog. ad Guil.*, c. 8). En una palabra, se impone que cambiemos de gusto y hagamos lo que decía el Señor a San Francisco: Si me deseas, toma lo amargo por dulce y lo dulce por amargo.

Veamos cuáles son los frutos de la mortificación externa.

Primeramente nos libra de las penas contraídas por nuestros culpables placeres, penas que en esta vida son mucho más ligeras que en la otra.—Cuenta San Antonino que un ángel brindó a cierto enfermo escogiese entre tres días de purgatorio o dos años de cama con la enfermedad que padecía. El enfermo eligió los tres días de purgatorio; pero apenas si llevaba tres horas en él, ya se quejaba al ángel de que, en vez de tres días, llevaba padeciendo muchos años. El ángel le respondió: «¿Qué dices? Conque aun está tu cuerpo caliente en el lecho mortuario y

hablas de años?» «¿Quieres evitar el castigo?, pregunta el Crisóstomo; conviértete en tu propio juez, repréndete y corrígete a ti mismo».

En segundo lugar, la mortificación desprende el alma de los afectos terrenos y la dispone a volar para unirse con Dios. Decía San Francisco de Sales: «Nunca podrá el alma elevarse hacia Dios si no está la carne mortificada y sumisa». Lo mismo había dicho San Jerónimo: «El alma no subirá a las cosas celestiales sino mediante la mortificación de los miembros» (*In c. 6 ad Ephes.*).

En tercer lugar, la penitencia nos hace adquirir bienes eternos, como lo reveló San Pedro de Alcántara desde el cielo a Santa Teresa, diciendo: «¡Feliz penitencia, que me ha valido tan grande gloria!».

Por esto los santos mortificaron continuamente su carne y todo cuanto pudieron. San Francisco de Borja decía que hubiera muerto desconsolado el día en que no hubiera mortificado su cuerpo con la penitencia. La vida muelle y deliciosa en esta tierra no puede ser vida del cristiano.

II. Práctica de la mortificación externa

Si no tenemos valor para mortificar el cuerpo con grandes penitencias, al menos practiquemos cualquier pequeña mortificación, soportemos al menos pacientemente las penas que nos sobrevienen; por ejemplo, aquella incomodidad, aquella vigilia, aquel olor desagradable en la asistencia a los moribundos, confesiones de presos o de rudos que huelen mal y cosas semejantes. Al menos, privémonos de vez en

cuando de algún placer permitido. Decía Clemente Alejandrino que «los que se permiten cuanto hay de ilícito, darán luego en cosas ilícitas» (*Poedag.*, l. 2, c. 1). El gran siervo de Dios P. Vicente Caraffa, de la Compañía de Jesús, decía que Dios nos ha dado las delicias de esta tierra no sólo para disfrutar de ellas, sino también para que podamos hacernos gratos a sus ojos con la ofrenda de sus propios dones, privándonos de ellos para testimoniarle nuestro amor. Por otra parte, como indica San Gregorio, fácilmente se abstiene uno de los placeres prohibidos si está acostumbrado a privarse de los placeres permitidos (*Dial.*, l. 4, c. 2).

Pero hablemos de las mortificaciones particulares que podemos imponer a nuestros sentidos, y en especial a la vista, al gusto y al tacto.

1.º De la vista de todo lo exterior

Hay que mortificar en primer lugar la vista. Decía San Bernardo que «por los ojos entra en el alma la saeta del amor» (*De modo bene viv.*, serm. 23). Las primeras saetas, en efecto, que hieren al alma casta y quizás le causen la muerte, entran por los ojos: *Mis ojos afectan a mi alma* (Lam. 3, 51). Por medio de los ojos surgen los malos pensamientos en la mente. Decía San Francisco de Sales: «Lo que no se ve, no se desea». Por eso el demonio tienta primero con mirar, luego con el deseo y finalmente con el consentimiento. Así intentó hacer con nuestro mismo Salvador: *Le muestra todos los reinos del mundo* (Mt. 4, 8-9), y luego le tienta, diciéndole: *Todo esto te daré si postrándote me adorares*. El maligno

nada pudo ganar con Jesucristo, pero lo ganó con Eva, la cual, *viendo que el árbol era bueno para comida y deleite para los ojos, tomó de su fruto y comió* (Gen. 3, 6).

Dice Tertuliano que «ciertas miradas furtivas son los principios de los mayores desórdenes». Y San Jerónimo añade que «los ojos son como ciertos ganchos que nos arrastran como a la fuerza del pecado» (*In Lam. 3*). De aquí se sigue que hay que cerrar pronto la puerta si no se quiere que los enemigos entren en la plaza. El abad Pastor, por haber mirado a una mujer, fue tentado de malos pensamientos por espacio de cuarenta años. También San Benito, por haber mirado a una mujer cuando se hallaba en el siglo, sintió luego tales tentaciones viviendo en el desierto, que para vencerlas hubo de arrojarle desnudo a unas zarzas. San Jerónimo, habitando la gruta de Belén, fue mucho tiempo asaltado de pensamientos obscenos a causa de las damas que había visto en Roma. Estos santos vencieron con la ayuda de Dios y con las oraciones y penitencias, pero no fueron pocos los que cayeron miserablemente a causa de la vista: por los ojos cayó David, por los ojos cayó Salomón. Horror causa el recuerdo del ejemplo que cuenta San Agustín de Alipio; éste fue al teatro, resuelto a no mirar, y decía: «Estaré como si no estuviese»; pero, tentado después a mirar, dice el santo que no sólo prevaricó, sino que llegó a pervertir a los demás (*Conf.*, l. 6, c. 8).

Razón tenía Séneca para decir que el «ser ciego era gran ayuda para conservarse inocente» (*De remed. fort.:d Opera*, IV, Augustae Taurinorum 1829, p. 422). No nos es lícito arrancarnos los ojos para

ser ciegos, pero debíamos tornarnos ciegos cerrándolos y no viendo lo que puede inducirnos al mal (Is. 33, 15). Job dijo que había hecho pacto con sus ojos de no mirar mujer alguna, para que después no le molestasen los malos pensamientos: *¡Había yo concertado alianza con mis ojos y no prestaba atención a doncella!* (Job 31, 1). San Luis Gonzaga no se atrevía a levantar la vista ni ante su misma madre. San Pedro de Alcántara se privaba de mirar a sus hermanos en religión; tanto, que los conocía por la voz y no por la vista.

El concilio de Tours dice que «los sacerdotes deben guardarse de cuanto pudiera ofender los ojos y los oídos» (*Anno 813*, can. 7). Esta advertencia se dirige de modo especial a los sacerdotes seculares que frecuentan las plazas y casas de los seglares. Si conceden libertad a los ojos para ver cuantos objetos se les presentaren, difícilmente podrán conservarse castos. El Espíritu Santo nos advierte: *Aparta los ojos de mujer bien parecida y no consideres la hermosura ajena. A causa de una mujer han perecido muchos* (Eccli. 9, 8). Y si a las veces «se nos van los ojos tras algunas, dice San Agustín, guardémosnos al menos de fijarlos en ninguna (*Reg. ad Ser. D.*, n. 6). De aquí que el sacerdote debe abstenerse de ir a bailes, a representaciones profanas o a otras reuniones mundanas frecuentadas por hombres y mujeres. Y cuando por necesidad haya que ir a cualquier lugar donde haya mujeres, cuídese de modo especial de la modestia de la vista.—El P. Alvarez, asistiendo a una función pública de la degradación de un sacerdote, como había muchas mujeres, tomó una imagen de la Santísima Virgen y en ella tuvo fijos los ojos durante las horas que duró la ceremonia, te-

meroso de encontrarse con el rostro de cualquier mujer.—Cuando nos despertemos por la mañana, pidamos al Señor con David: *Haz que pasen sin ver la vanidad mis ojos* (Ps. 118, 37).

¡Cuán ventajoso es para nosotros los eclesiásticos, y qué edificante para los demás, mantener bajo los ojos! Célebre es el hecho de San Francisco de Asís cuando salió del convento diciendo al compañero que iban a predicar; dio un paseo por los alrededores, con los ojos siempre bajos, y tornó al convento. Preguntóle entonces el compañero: «Pero ¿y dónde está el sermón?» A lo que respondió el santo: «El sermón lo hemos predicado con la modestia de la vista ante estas gentes». Como señala un autor, los evangelistas dicen en varios lugares que nuestro Salvador en algunas ocasiones alzó los ojos para mirar (*y echando en torno una mirada* (Lc. 6, 20), *alzando, pues, los ojos, Jesús...*) (Io. 6, 5), para darnos a entender que mantenía siempre los ojos bajos. San Pablo escribió por eso, alabando la modestia de Jesucristo: *Os ruego por la mansedumbre y blandura de Cristo* (2 Cor. 10, 1).

San Basilio dice que «es preciso tener los ojos bajos hacia la tierra y el alma elevada hacia el cielo» (*Serm. de Ascens.* 20); y, por el contrario, decía San Agustín que «la vista impura delata la impureza del corazón» (*Reg. ad serv. D.*). Añade San Ambrosio que «los mismos movimientos del cuerpo delatan el buen o el mal estado del alma» (*Offic.*, l. 1, c. 18); cuenta a este respecto que en cierta ocasión juzgó mal de dos hombres al ver su modo inmodesto de producirse, y no se equivocó pues uno de ellos era impío, y el otro, hereje.

San Jerónimo, hablando en particular de los

hombres consagrados a Dios, dice que «todas sus acciones, conversaciones y porte son enseñanza para los fieles» (*Ep. ad Rust.*). Por eso esta recomendación del concilio de Trento: los eclesiásticos han de componer de tal modo vida y costumbres, que «su modo de vestir, gesticular y de andar estén llenos de gravedad y de religión» (sess. 22 *de Ref.*, c. 1). Y el Crisóstomo escribe: «Es preciso que el sacerdote tenga al alma resplandeciente, para que pueda iluminar a los que ponen en él los ojos» (*De sacer.*, l. 3, c. 12). De suerte que el sacerdote ha de dar a todos ejemplo de modestia en todas las cosas: modestia en el mirar, en el andar, en el hablar, y especialmente en hablar poco y en hablar como se debe.

El sacerdote debe hablar poco. Quien habla mucho con los hombres, demuestra que habla poco con Dios. Las almas de oración son de pocas palabras: cuando se abre la boca del horno, escápase el calor. Tomás de Kempis dijo: «El alma hace progresos en el silencio» (*De imit.*, l. 3); y San Pedro Damiano: «El silencio es el guardián de la justicia» (*Ep.* l. 7, ep. 6); y antes lo había dicho Isaías: *En la calma y la confianza estriba vuestra fuerza* (Is. 30, 15). Nuestra fuerza está en el silencio, porque *en el mucho hablar no falta pecado*, como se lee en los Proverbios (Prov. 10, 19).

El sacerdote debe hablar de modo conveniente. «Vuestra boca, escribió San Ambrosio, es boca de Jesucristo; no debes, pues, abrirla, no digo ya para murmuraciones o mentiras, sino ni siquiera para conversaciones ociosas» (*Medit.*, 1, § 5). Quien ama a Dios procura hablar siempre de Dios, y quien ama a una persona de la tierra, diríase que no sabe ha-

blar más que de ella. «Acuérdate, escribe Gilberto, de que tu boca está consagrada a los oráculos celestiales y mira como sacrilegio el proferir la más mínima palabra que no respire cosas divinas» (*In Cant.*, serm. 18). San Ambrosio decía que ofendía hasta a la modestia hablar en tono elevado: «Que la modestia modere el sonido de la voz, para no herir los oídos con los gritos» (*Offic.*, l. 1, c. 18). También está relacionado con la modestia no sólo el abstenerse de hablar palabras inmodestas, pero también el no escucharlas: *Mira, cerca de tu dominio con espinos y haz para tu boca puerta y cerrojo* (Eccli. 28, 28).

Además, ha de ser modesto el sacerdote en sus vestidos. Dice San Agustín que «algunos, para aparentar ir bien vestidos por fuera, se despojan de la modestia de dentro» (*Serm.* 50 *de temp.*). El vestido de seda, el hábito corto, los gemelos y las hebillas de plata, los guantes aterciopelados, denotan poca virtud en el alma. Leamos a San Bernardo, que dice: «Los desnudos levantan la voz y os dicen: Todo lo que prodigáis es nuestro: de nuestras necesidades quitáis lo que necesitáis para vuestra vanidad» (*Octav.*, c. 9). El concilio II de Nicea escribió a este respecto: «El sacerdote conténtese con hábito mediano, porque cuanto es inútil y cuanto respira adorno y ostentación lo expone a censuras y críticas» (can. 16).

También se ha de guardar la modestia en el peinado. El papa Martín ordenó que los clérigos no pudieran ejercer los ministerios sagrados si no iban con el cabello cortado, de modo que se les pudieran ver las orejas. ¿Qué pensar pues, de aquellos a quienes Clemente Alejandrino llama avaros de sus cabe-

llos (*Illiberales tonsos*), pues no consienten que se los corten sino con gran estudio? ¡Qué vergüenza, dice San Cipriano, ver a eclesiásticos llevando una cabellera arreglada, al modo mujeril! (*De ici. Christi*). El Apóstol, escribiendo a los corintios, les dice: *Y ¿no os enseña la naturaleza misma que si el varón deja de crecer la cabellera, es un desdoro para él; mas si la mujer deja crecer, es un honor para ella?* (1 Cor. 11, 14-15). Y hablaba así de los seglares. ¿Qué concepto, pues, se ha de formar del sacerdote que lleva la cabellera artificialmente compuesta y quizá rizada o empolvada?

Decía Minucio Félix que nosotros los eclesiásticos nos hemos de dar a conocer como tales «no ya por el atavío corporal, sino por el de la modestia ejemplar» (*Octav.*, c. 9). San Ambrosio dijo también que «el sacerdote ha de presentarse exteriormente de tal manera que cuantos lo vean se sientan penetrados de respeto hacia el Dios de quien es ministro (*Offic.*, l. 1, c. 50, ult.). Por el contrario, el sacerdote inmodesto hacer perder la veneración debida a Dios.

2.º *Del gusto*

Hablemos en segundo lugar de la mortificación del gusto, o sea de la gula. Escribe el P. Rogacci en su *Lo único necesario* que la mayoría de las mortificaciones externas se reducen a la mortificación de la gula. Por eso decía San Andrés Avelino que el que

quiera tender a la perfección ha de comenzar por mortificar la gula. Tal fue, según testifica San León, la práctica de los santos (*De iei. pentec.*, serm. 1). San Felipe Neri dijo a cierto penitente suyo poco mortificado en este respecto: «Hijo mío, si no mortificas la gula no llegarás a la santidad». Todos los santos tuvieron sumo empeño en mortificarse en la comida. San Francisco Javier sólo tomaba un poco de arroz tostado. San Juan Francisco de Regis, un poco de harina cocida en agua. San Francisco de Borja, seglar aún y virrey de Cataluña, se alimentaba sólo de pan y hierbas. San Pedro de Alcántara tomaba sólo una escudilla de caldo de olla.

Decía San Francisco de Sales que hay que comer para vivir y no vivir para comer. Hay quienes se diría que no viven más que para comer, constituyendo, como decía el Apóstol, al vientre por su Dios: *Enemigos de la cruz de Cristo, cuyo paradero es perdición, cuyo Dios es el vientre* (Phil. 3, 18). Según Tertuliano, «el vicio de la gula mata, o al menos daña, todas las virtudes» (*De iei.*). El pecado de la gula ha sido causa de la ruina del mundo; Adán, por comer la manzana, trajo la muerte sobre sí y sobre el género humano.

Los sacerdotes especialmente, por el voto de castidad, deben mortificar la gula. Dice San Buenaventura que «de la intemperancia en el comer se nutre la impureza» (*De prof. rel.*, l. 2, c. 52). Y San Agustín escribió: «Si el alma está ahogada por el exceso de la comida, la inteligencia se entorpece y la tierra de nuestro cuerpo se cubre de las espinas de la lujuria» (*Serm. 141*).

Los sacerdotes especialmente, por el voto de castidad, deben mortificar la gula. Antiguamente se

leía en los Cánones Apostólicos: «El sacerdote que come excesivamente ha de ser depuesto» (can. 42). *Quien mima desde la niñez a su esclavo*, dicen los Proverbios, *acaba por hacerse contumaz* (Prov. 29, 21). «Guardémonos, según el consejo de San Agustín, de dar a la carne fuerzas que acabaría por emplear contra el espíritu» (*De Sal. docum.*, c. 35).—Cuenta Paladio que cierto monje era muy dado a las penitencias, y cuando le preguntaron por qué maltrataba tan cruelmente a su cuerpo, respondió: «Atormento a quien me atormenta». Igual decía y hacía San Pablo: *Abofeteo mi cuerpo y lo reduzco a esclavitud* (1 Cor. 9, 27). Cuando la carne no está mortificada, difícilmente obedece a la razón. Por el contrario, dice Santo Tomás que «el demonio, cuando queda vencido en las tentaciones de gula, renuncia a tentar la impureza». Añade Cornelio Alápide que, «vencido el vicio de la gula, fácilmente se vencen los demás vicios» (1 Cor. 9, 27). Mas de ordinario, nota Luis de Blois, la mayoría vence más fácilmente los demás vicios que el de la gula (*Enchir. parv.*, l. 1, doc. 11).

Mas quizás haya quien diga: Dios creó precisamente los alimentos para que disfrutemos de ellos.—Respondo: Dios los creó para que nos sirvamos de ellos para vivir, pero no para abusar de ellos inmoderadamente. Y en cuanto a ciertos alimentos delicados que no son necesarios para el sostenimiento de la vida, el Señor los creó también, pero para que nos mortificáramos a veces privándonos de ellos. La manzana que Dios prohibió a Adán la creó para que se abstuviese de ella. Por lo menos, cuando usemos estos manjares, no nos olvidemos de la temperancia.

Para observar esta temperancia, dice San Buenaventura, hemos de evitar cuatro cosas: 1.^a, comer fuera de tiempo; 2.^a, comer con sobrada avidez; 3.^a, comer demasiado; 4.^a, escoger alimentos demasiado exquisitos (*De prof. rel* l. 1, c. 36). ¡Qué vergüenza causa ver al sacerdote acostumbrado a buscar tales o cuales alimentos, preparados de esta o aquella manera, y que, cuando no están según las exigencias de la gula, alborota a criados, familiares y toda la casa! Los sacerdotes sobrenaturales se contentan con lo que se les sirve. Nótese también lo que dice San Jerónimo: «El eclesiástico incurre en menor aprecio cuando acepta frecuentemente las invitaciones a comer» (*Ep. ad Nepot.*). De aquí que los sacerdotes ejemplares huyeron de los convites, en que de ordinario se observa muy poco la modestia y la templanza. «Es preciso, añade el santo, que los seglares encuentren en nosotros consoladores en sus penas más que comensales en los días de su prosperidad» (*Ep. ad Nepot.*).

3.º *Del tacto*

En tercer lugar, por lo que al tacto respecta, se impone abstenerse de toda confianza con las mujeres, aun cuando fuesen parientes.—Pero si son mis hermanas y mis sobrinas...—Pero son mujeres.—Los confesores prudentes obran acertadamente prohibiendo a sus penitentes que les besen la mano.

En relación con este sentido, tan peligroso para el sacerdote, se impone tener suma precaución y modestia hasta consigo mismo. El Apóstol exhortaba:

Que sepa cada uno de vosotros poseer su propia esposa en santificación y honor, no con pasión de concupiscencia (1 Thes., 4, 4).

Los sacerdotes fervorosos acostumbran imponerse alguna penitencia aflictiva, como el cilicio o la disciplina. Ciertamente hay quienes desprecian estas cosas, alegando que la santidad consiste en mortificar la voluntad; pero yo encuentro que todos los santos fueron ávidos de penitencias y procuraron mortificar su carne cuanto pudieron. San Pedro de Alcántara llevaba un cilicio de hierro trenzado, que le desgarraba las espaldas. San Juan de la Cruz vestía una almilla protegida de puntitas férreas, que aguijaban, y de una cadenilla de hierro, que no se le pudo quitar en el momento de su muerte sin arrancarle trocitos de carne. Y decía estas palabras: «Si en algún tiempo, hermano mío, le persuadiere alguno, sea o no prelado, doctrina de anchura y más alivio, no la crea ni abrace, aunque se la confirme con milagros, sino penitencia y más penitencia y desasimiento de todas las cosas, y jamás, si quiere llegar a poseer a Cristo, le busque sin la cruz».

Ciertamente que la mortificación interna es la más necesaria, pero tampoco deja de serlo la externa. Tal fue la prudente respuesta de San Luis Gonzaga cuando le querían disuadir de tantas maceraciones diciéndole que la santidad consiste en vencer la voluntad propia, a lo que contestó con las palabras del Evangelio: «Estas (cosas) había que practicar, y aquéllas no descuidarlas» (Mt. 23, 23). El Señor dijo a sor Teresa de Jesús, monja de Santa Teresa: «El mundo se pierde por los placeres y no por las penitencias». «Mortifica tu cuerpo, decía San Agustín, y vencerás al demonio». En las tentaciones de impu-

reza, sobre todo, acostumbraron los santos emplear como remedio las mortificaciones de la carne. San Benito y San Francisco, asaltados por semejantes tentaciones, se echaron desnudos a los zarzales. Dice el P. Rodríguez que si alguien tuviese una serpiente enrollada al cuerpo, tratando de matarlo con sus envenenados mordiscos, y no la pudiera matar, al menos procuraría quitarle sangre y fuerzas, para que tuviera menos vigor para dañarlo. Job dijo que la sabiduría no se halla en medio de las delicias terrenas: *No conoce el hombre su veneno ni se halla en la tierra de los vivientes* (Iob. 28, 13). El Esposo de los Sagrados Cantares dice que la sabiduría se halla en *la montaña de la mirra* (Cant. 4, 6), y en otro lugar añade que *apacienta su ganado entre lirios* (Cant. 2, 16). El abad Gilberto concilia estos pasajes diciendo que en el mismo lugar, esto es, «en la montaña de la mirra, donde se mortifica la carne, nacen y se conservan los lirios de la pureza» (*In Cant.*, serm. 28). Y si tal vez alguno ofendió la castidad, pide la razón que después de ello mortifique su carne: *Como entregasteis vuestros miembros como esclavos a la impureza, así ahora entregad vuestros miembros, como esclavos, a la justicia para la santidad* (Rom. 6, 19).

4.º *De las penalidades que sobrevienen naturalmente*

Por lo menos, si carecemos del valor de mortificar nuestro cuerpo con penitencias, procuremos aceptar pacientemente las mortificaciones que Dios nos manda, enfermedades, calores o frío. San Francisco

de Borja llegó tarde a cierto colegio y tuvo que estar al aire libre toda la noche, sometido a intenso frío y nieves. Llegada la mañana, los padres del colegio se apenaron, pero el santo les dijo que aquella noche había recibido grandes consuelos, pensando que Dios era quien se complacía en enviarle aquel viento helado y aquellos copos de nieve.

«Corred, Señor, exclamaba San Buenaventura; corred y herid a vuestros siervos con heridas sagradas para ponerlos al abrigo de las heridas de la muerte» (*Stim. div. am.*, c. 3). Así debemos decir nosotros cuando nos viéramos afligidos por enfermedades y sufrimientos: Señor, afligidnos con estas heridas salvadoras, para que nos veamos libres de las mortales heridas de la carne.—O digamos también con San Bernardo: «Sea quebrantado este despreciador de Dios. Si piensas rectamente dirás: Reo es de muerte; sea crucificado» (*Medit.*, c. 15). Sí, Dios mío, justo es que sea afligido quien os despreció; soy reo de muerte eterna; sea, pues crucificado en esta vida, para que no sea atormentado eternamente en la otra.

Soportemos, al menos, las penalidades que Dios nos manda. Con razón apunta un autor que difícilmente sufre con resignación perfecta las penalidades inevitables quien no se impone las voluntarias. Y, por el contrario, dice San Anselmo que «Dios cesará de castigar al pecador que se castiga a sí mismo en expiación de sus pecados» (*In 1 Cor.* 11).

III. Bienes que reporta la vida mortificada

Hay quienes se imaginan que la vida mortificada

es vida desgraciada; pero no; no vive vida desgraciada quien se mortifica, sino quien satisface sus sentidos con ofensa de Dios: *¿Quién se le opuso que saliera ileso?* (Iob 9, 4). El alma en pecado es mar tempestuoso: *Los impíos, dice Isaías, son como el mar agitado, que no puede apaciguarse* (Is. 57, 20). Quien no está en paz con Dios, dice San Agustín, «es su propio enemigo y se declara la guerra a sí mismo» (*Enarr. in Ps.* 75). Lo que nos pone en guerra con nosotros mismos y nos hace desgraciados son las satisfacciones que damos a nuestro cuerpo: *¿De dónde esas guerras y de dónde esas contiendas entre vosotros? ¿No provienen acaso de vuestras codicias, que militan en vuestros miembros?* (Iac. 4, 1).

Escuchemos, por el contrario, esta promesa de Dios: *Al que venciere le daré del maná escondido* (Apoc. 2, 17). Dios da a gustar a los amigos de la mortificación las dulzuras de una paz que no se pueden imaginar los inmortificados *y que sobrepuja toda inteligencia* (Phil. 4, 7). Por eso lee en el Apocalipsis: *Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor* (Apoc. 14, 13). Los mundanos juzgan desgraciados a quienes viven alejados de los placeres sensuales, pues, como dice San Bernardo, Dios los colma ya en esta vida (*In dedic.*, serm. 1). No pueden fallar las promesas de Dios: *Tomad mi yugo sobre vosotros... y hallaréis reposo para vuestras almas* (Mt. 11, 29). No; «el alma amante de Dios, dice San Agustín, no encuentra trabajoso el mortificarse» (*In Io.*, tr. 48). Quien ama, nada halla difícil, añade otro autor; antes bien, se avergonzaría de hablar de dificultades (*Lig. v. de Car.*, c. 4). *Fuerte como la muerte es el amor* (Cant. 8, 6), y así como nada resiste a la muerte, así también nada resiste al amor.

Si queremos disfrutar de los placeres de la eternidad, habemos de privarnos de los placeres del tiempo. *Quien quisiere poner a salvo su vida, la perderá* (Mt. 16, 25). Lo que hacía exclamar a San Agustín: «No te quieras amar en esta vida, no sea que te pierdas en la eternidad» (*In Io.*, tr. 51). San Juan vió a todos los bienaventurados *de pie delante del trono... (con) palmas en sus manos* (Apoc. 7, 9). Si queremos salvarnos, todos hemos de ser mártires, o por el hierro de los tiranos o por la propia mortificación. Persuadámonos de que todo cuanto sufrimos es nada comparado con la gloria eterna que nos espera: *Porque entiendo*, decía San Pablo, *que los padecimientos del tiempo presente no guardan proporción con la gloria que se ha de manifestar en orden a nosotros* (Rom. 8, 18). Estas momentáneas penalidades nos acarrearán eterna felicidad (2 Cor. 14, 17). De aquí esta reflexión del judío Filón: «Las satisfacciones de la vida presente son otros tantos hurtos hechos a nosotros mismos con relación a la vida futura».

San Juan Crisóstomo dice, por su parte, que, «cuando Dios nos da ocasión de padecer, nos otorga una gracia mayor que si nos otorga el poder de resucitar muertos. Al hacer un milagro contraigo deuda con Dios; pero, al sufrir pacientemente, Jesucristo la contrae conmigo (*In Phil.*, hom. 4). Los santos son las piedras vivas de que está construída la Jerusalén celestial; pues bien, antes de ser colocadas en la obra han de ser talladas con el cincel de la mortificación, como canta la Iglesia (1 Pet. 2, 5). Todo acto de mortificación es, por tanto, un trabajo para el paraíso; este pensamiento nos debe hacer suave cuanto de amargo experimentamos en la mortifica-

ción. Para vivir bien y salvarnos debemos vivir la fe (Rom. 1, 17), es decir, cara a la eternidad que nos aguarda (Eccl. 12, 5). Pensemos, dice San Agustín (*In Ps. 32*, enarr. 2), que el Señor, en el mismo momento en que nos exhorta a combatir las tentaciones, nos facilita su ayuda y prepara nuestra corona. El Apóstol, hablando de los gladiadores, dice que si para ganar la corona mísera y temporal se abstienen de cuanto pueda impedirles la victoria, mucho más habemos nosotros de ir hasta la muerte para conquistar la corona eterna (1 Cor. 9, 25).

PLATICA X

DEL AMOR A DIOS

I. Especial obligación que pesa sobre el sacerdote de ser completamente de Dios

Dice Pedro de Blois que «el sacerdote vanamente se llamará sacerdote si carece de amor a Dios» (*Serm. 41*). «Desde el día de su ordenación ya no se pertenece el sacerdote a sí mismo, dice San Ambrosio, sino a Dios» (*In Ps. 118*). Y antes lo dijo el mismo Dios: *Pues son aquellos quienes han de ofrecer los sacrificios ígneos a Yahveh, alimento de su Dios; por eso han de ser santos* (Lev. 21, 6). Orígenes llamó al sacerdote «espíritu consagrado a Dios» (*In Lev.*, hom. 15). El sacerdote, desde su ingreso en el santuario, ha protestado que no quiere más proporción que a Dios (Ps. 15, 5). Pues bien, añade San Ambrosio, «si Dios es la herencia del sacerdote, no

ha de vivir sino para él» (*De Esau*, c. 2). Por esto dice el Apóstol: *Nadie que se dedica a la milicia se deja enredar en los negocios de la hacienda, a fin de contentar al que lo alistó en el ejército* (2 Tim. 2, 4). Jesucristo, respondiendo al joven que le pedía le admitiese en su seguimiento, le prohibió volver a casa para enterrar a su padre, diciéndole: *Sígueme, y deja a los muertos enterrar sus muertos*! (Mt. 8, 22). Este fue, según San Ambrosio, el consejo que se ha dado a todos los eclesiásticos, para que comprendieran que han de preferir los asuntos de la gloria de Dios a todas las cosas humanas, que les pueden impedir pertenecerle por completo (*In Lc.*, c. 9).

En la ley antigua dijo Dios a los sacerdotes: *Os he separado de entre los pueblos para que seáis míos* (Lev. 20, 26), y por eso les ordenó: *No poseerás heredad alguna en su tierra ni participación en medio de ellos; yo soy tu porción y tu heredad en medio de los israelitas* (Num. 18, 20). Oleastro comenta así: «¡Oh sacerdote, si te das cuenta, es ésta gran dignación de Dios, que quiere ser tu heredad! Y si posees a Dios, ¿qué es lo que te faltará? Por lo tanto, el sacerdote ha de repetir con San Agustín: «Que los demás se elijan para su disfrute cuanto terreno y temporal les apetezca, que yo me contento con la posesión de Dios» (*Enarr. in Ps.* 15).

«Y si no amamos a Dios, pregunta San Anselmo, ¿qué vamos a amar?» (*Medit.*, 13). El emperador Diocleciano mandó colocar ante San Clemente de Ancira oro, plata y piedras preciosas, para ver si lo hacía prevaricar de la fe, y el santo exhaló un suspiro doloroso al ver cómo los hombres lo comparaban a Dios con un poco de tierra. *Una sola cosa es necesaria* (Lc. 10, 42). Quien lo posee todo y no tiene a

Dios, nada tiene; pero quien tiene a Dios y carece de todas las cosas, lo tiene todo. Razón tenía San Francisco cuando pasó toda una noche repitiendo: «Mi Dios y mi todo» (Pedeponi 1739, t. 1, p. 20). ¡Dichoso quien pudiera decir con David: *¿Quién sino tú hay para mí en los cielos?; y si contigo estoy, la tierra no me agrada. Desfallecen mi carne y mi espíritu, es de mi corazón roca y parcela mía Dios por siempre* (Ps. 72, 25-26). Dios mío, ni en el cielo ni en la tierra quiero otra cosa sino a Vos, que sois y tenéis que ser siempre el Señor de mi corazón y mi única riqueza.

Dios merece ser amado por sí mismo, por ser objeto digno de amor infinito; pero debemos amarle al menos por agradecimiento, a causa del amor inmenso que nos ha demostrado en el beneficio de la redención. ¿Qué más podía hacer un Dios que hacerse hombre y morir por nosotros? *Mayor amor que éste, nadie le tiene; que dar uno la vida por sus amigos* (Io, 15, 13). Antes de la redención pudiera haber dudado el hombre de si Dios le amaba tiernamente; pero ¿cómo lo podrá dudar después de haberlo visto morir en la cruz por su amor? Este fue un exceso de amor, como lo llamaron Moisés y Elías en el monte Tabor (Lc. 9, 31); exceso que todos los ángeles nunca podrán comprender por toda la eternidad. «¿Quién entre todos los hombres, pregunta San Anselmo, podía ser digno de que Dios muriera por él?» (*De mensura cruc.*, c. 2). Y, sin embargo, es cierto que el Hijo de Dios murió por cada uno de nosotros (2 Cor. 5, 15). Dice el Apóstol que, cuando los gentiles oían predicar la muerte de nuestro Salvador, teníanlo por locura: *Nosotros predicamos un Cristo crucificado, para los judíos es-*

cándalo, para los gentiles necedad (1 Cor. 1, 23). Pues bien, no fue locura ni mentira, sino verdad de fe; verdad que, como dice San Lorenzo Justiniano, «nos presenta un Dios como enloquecido por amor a los hombres» (*Serm. de Nat. D.*). ¡Oh Dios!, si Jesucristo hubiese querido demostrar su amor al Padre Eterno, ¿podría darle más cierta señal que morir crucificado, como murió por cada uno de nosotros? Más aún: si muriera por nosotros un criado nuestro, ¿podríamos dejar de amarlo? Y ¿dónde está este agradecimiento para con Jesucristo?

Si al menos recordaríamos frecuentemente lo que hizo y padeció por nosotros nuestro Redentor... Mucho agrada a Jesucristo quien recuerda a menudo su pasión. Si alguien padeciese por un amigo suyo injurias, heridas, cárceles, ¡qué pena la daría si el amigo no le recordara ni pensase en ello a menudo! ¡Ah!, ciertamente, cuando el alma piensa frecuentemente en la pasión de Jesucristo y en el amor que nos ha demostrado este Dios enamorado, no es posible que deje de sentirse arrastrada por una fuerza irresistible que la impulse a amarlo: *El amor de Cristo nos apremia* (2 Cor. 5, 14). Y si todos deben abrasarse de amor a Jesucristo, especialmente le debemos amar nosotros, sacerdotes, pues Jesucristo murió especialmente para hacernos sacerdotes, ya que, sin la muerte de Jesucristo, como dijimos, faltaría la víctima sagrada a inmaculada que al presente ofrecemos a Dios; por lo que dice acertadamente San Ambrosio que «más debe quien más recibe; consagrándose, pues, nuestro amor en retorno de su sangre» (*In Lc. c. 7, l. 6*). Esforcémonos por comprender el amor que Jesucristo nos ha testimoniado

en su pasión, y a buen seguro que se irá apagando en nuestro corazón el amor de las criaturas. ¡Ah, si supieras el misterio de la cruz!, decía San Andrés (*Presbyterorum et diaconorum Achaiae de martyrio Sancti Andreae*: MG 2, 1122), cuando el tirano pretendía forzarlo a renegar de Jesucristo. Pretendía decir: «Si supieras, tirano, el amor que te manifestó tu Dios para salvarte, ciertamente que no pensarías en tentarme, sino que te esforzarías en amarlo completamente, agradecido a tanto amor». Dichoso, pues, quien tiene ante los ojos las llagas de Jesucristo. Isaías decía: *Sacaréis agua con alegría de las fuentes de salvación* (Is. 12, 3). ¡Qué abundantes venarios de devoción, de luces, de afectos, sacan los santos de estas fuentes de salvación! Decía el P. Alvarez que la ruina de los cristianos consiste en la ignorancia de los tesoros que tenemos en Jesucristo. Gloriense los sabios con su ciencia, que el Apóstol sólo se gloriaba de saber a Jesús crucificado: *Resolvi no saber cosa entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado* (1 Cor. 2, 2). ¿De qué le valen todas las ciencias a quien no sabe amar a Jesucristo? *Si conociere toda la ciencia, decía el Apóstol, ... mas no tuviere caridad, nada soy* (1 Cor. 13, 2). Y en otro lugar escribió: *Aun todas las cosas estimo una pérdida... y las tengo por basuras a fin de ganarme a Cristo* (Phil. 3, 8). Y se gloriaba de llamarse *prisionero de Cristo Jesús* (Ep. 3, 1).

¡Dichoso el sacerdote que, ligado por tan dulces cadenas, se da del todo a Jesucristo! Dios ama más al alma que se le entrega por completo que a cien otras imperfectas. Si un príncipe tuviera cien siervos, noventa y nueve de los cuales le sirvieran con poco amor y renovados disgustos, y sólo uno le sir-

viera por amor, cuidadoso de buscar en todo lo que había de gustar al amo, ciertamente que el príncipe amaría más al criado fiel que a todos los demás: *Las doncellas (son) sin número. Una es mi paloma, mi pura* (Cant. 6, 7).

El Señor ama de tal modo al alma que le sirve perfectamente, como si no estuviese más a quien amar; por eso decía San Bernardo: «Aprende de Cristo cómo debes amar a Cristo» (*In Cant.*, serm. 20). Jesucristo se nos dió todo desde su nacimiento: *Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado* (Is. 9, 6); y se ha dado por amor (Eph. 5, 2). Justo es, por tanto, que nos demos también enteramente a Jesucristo y nos entreguemos por amor. El, dice el Crisóstomo, se nos dió sin reserva regalándonos su sangre, su vida, sus méritos; por lo que, añade San Bernardo, es justo que también nosotros nos entreguemos a El sin reserva (*De modo bene viv.*, c. 8).

Y si esta obligación abarca a todos los hombres, con mayoría de razón se relaciona con los sacerdotes. Hablando San Francisco de Asís de modo particular a los sacerdotes de su Orden, sabedor de la obligación especial que pesa sobre el sacerdote de entregarse por completo a Jesucristo, les decía: Nada retengáis de lo vuestro, sino que Jesucristo os reciba por completo, como por completo se da a vosotros. ¡Ah, quién pudiera decir siempre a Dios, como le decía San Agustín: «Muera a mí mismo para que vos solo viváis en mí!» (*Cant.*, l. 10, c. 29). Mas para pertenecer por completo a Dios se impone que le demos nuestro amor entero y no dividido. No puedo pertenecer del todo a Dios quien ama alguna cosa que no sea Dios o no la ama por El

(ibid.). «¡Oh alma!», exclama San Bernardo, no dividas tu amor entre las criaturas, consérvate sola para aquel Dios que es quien solo merece todo tu amor» (*In Cant.*, serm. 40). Esto quería significar el bienaventurado Gil cuando decía: *Una uni*, dando a entender que esta sola alma que tenemos debemos darla no en parte, sino por completo, a Dios, que es quien únicamente nos ama y quien merece ser amado sobre todas las demás criaturas juntas.

II. Medios que adoptar para entregarse por completo a Dios

1.º Deseo de la perfección

El sacerdote que aspira a consagrarse por completo a Dios ha de tener gran deseo de la santidad: *Y el amor es observancia de sus leyes* (Sap. 6, 18). Los santos deseos son alas que impulsan a las almas a volar hacia Dios: *La senda de los justos es cual fulgida luz matinal, cuyo brillo va creciendo hasta la plena radiación del día* (Prov. 4, 18). El camino de los justos es como la luz del sol, que aparece por la mañana y va creciendo a medida que avanza; la luz de los pecadores, por el contrario, es resplandor de atardecida que oscurece a medida que avanza el tiempo, de suerte que los desgraciados no ven por dónde van (Prov. 4, 19).

¡Infeliz del que, contento con su vida, no trata de mejorar! «No adelantar, decía San Agustín, equivale a retroceder» (*Ep.* 17). San Gregorio añadía que quien se halla en el río, si no se esfuerza en luchar contra la corriente, será arrastrado por ella. Por eso

San Bernardo hablaba así al tibio: «¿No quieres adelantar? Pues entonces quieres retrasar». Respondes que quieres permanecer como estás, ni mejor ni peor. Pues sábetelo, dice el Santo, que eso es imposible (*Ep.* 254). No puede ser, pues, como dice Job, *el hombre... huye como sombra sin pararse* (Job 14, 2). Para ganar el premio, es decir, la corona eterna, hay que correr siempre, hasta conquistarla (1 Cor. 9, 24). Quien deja de correr pierde trabajo y corona. *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia* (Mt. 5, 6), porque, como cantó la Madre de Dios, el Señor colma a las almas que desean santificarse: *Llenó de bienes a los hambrientos* (Lc. 1, 53); para santificarse no basta un simple deseo, sino que se precisa deseo vehemente, cierta como hambre de santidad. Quien tiene esta dichosa hambre no camina, sino que corre por el camino de la virtud *como chispas en la paja* (Sap. 3, 7), que dijo el sabio. ¿Quién, pues, se santificará? Quien quiera santificarse. *Si quieres ser perfecto, ve..., etc.* (Mt. 19, 21). Pero hay que querer con voluntad decidida; el tibio, como dice el Sabio, también quiere, mas no con voluntad resuelta; desea y desea siempre, pero estos sus deseos le pierde, porque se contenta con ellos y, entre tanto, va de mal en peor: *Quiere, mas sin eficacia, el perezoso... Los deseos del perezoso lo matan* (Prov. 13, 4; 21, 25).

La sabiduría, es decir, la santidad *es hallada por los que la buscan* (Sap. 6, 13); mas para hallarla no basta con desearla, sino hay que desearla con ánimo resuelto de conquistarla. *Si queréis preguntar, preguntad* (Is. 21, 12), decía Isaías. Quien desea la santidad con ánimo resuelto de llegar a ella, pronto lle-

gará. San Bernardo decía que «a Dios no se le busca con los pies, sino con los deseos» (*In Cont.*, s. 84). Y Santa Teresa escribe: «Tener gran confianza, porque conviene mucho no apocar los deseos, sino creer de Dios que, si nos esforzamos, poco a poco, aunque no sea luego, podremos llegar a lo que muchos santos con su favor».

Dice el Señor: *Tu boca ensancha y la llenaré* (Ps. 80, 11). La madre no puede alimentar a su hijo si éste no abre la boca para tomar la leche. «Tu boca ensancha», es decir, «dilata tus deseos», como se explica San Atanasio. Mediante los buenos deseos, llegaron los santos muy presto a la perfección: *Llegado en breve a cumplida madurez, llenó el espacio de largos tiempos* (Sap. 4, 13). Esto se verificó especialmente en San Luis de Gonzaga, que llegó a tal santidad en tan pocos años, que Santa María Magdalena de Pazzi, al verlo en el cielo, dijo que se le hacía no haber en la gloria santo alguno cuya felicidad sobrepusiera la de Luis. Y oyó la santa que había conseguido tal gloria merced a los vivos deseos que en la tierra abrigó de amar a Dios cuanto merece ser amado.

«El deseo, dice San Lorenzo Justiniano, presta fortaleza y aligera el trabajo» (*De disc. mon.*, c. 3); y, en cambio, quien la ama ardientemente halla el camino espacioso y camina por él sin trabajo» (*In Ps.* 30, en. 2). Lo largo, pues, del camino no está en el camino, sino en el corazón, esto es, en la voluntad resuelta de darse del todo a Dios: *De tus mandatos correré en la senda al ensancharme tú el corazón* (Ps. 32). Asegura Luis de Blois que el Señor no se paga menos del ardoroso amor que de los santos deseos.

Quien no tenga este deseo de santificarse, pídale a Dios y se lo dará. Persuadámonos que no le es difícil santificarse a quien lo quiere. En el mundo es difícil que el vasallo alcance la deseada amistad del príncipe; pero si yo quiero la amistad de Dios, decía el cortesano de quien hablaba San Agustín (*Conf.*, l. 8, c. 6), «basta que lo quiera ahora y seré amigo suyo». Y San Bernardo asegura que «no pude haber prueba más cierta de la amistad de Dios y de su gracia que el desear gracia mayor, para amarlo aún más» (*De S. Andr.*, serm. 2). Y no importa, dice el santo, que haya sido un pecador en lo pasado, porque Dios no examina lo que el hombre hizo en lo pasado, sino que lo quiere ser en lo por venir.

2.º *Intención de agradar a Dios en todas las cosas*

En segundo lugar, el sacerdote que quiera santificarse debe hacer cuanto hiciere para agradar a Dios. Todas sus palabras, todos sus pensamientos, todos sus deseos y todas sus obras no han de ser más que un acto de amor a Dios. La Esposa de los Cantares se trocaba ya en cazadora, ya en guerrera, ya en vendimiadora o en jardinera; pero bajo todos estos disfraces siempre se veía en ella la enamorada, pues todo cuanto hacía, hacíalo por amor de su Esposo. Pues también el sacerdote, en cuanto habla, piensa, sufre, trabaja, celebra, confiesa, predica, medita, asiste a los moribundos o ejecuta cualquier otra acción, todo ha de ser a impulsos de un solo amor, porque todo ha de hacerlo para agradar a Dios. *Si tu ojo estuviere bueno, decía Jesucristo, todo tu cuerpo estará iluminado* (Mt. 6, 22).

Por los ojos entienden los Santos Padres la intención. Así, pues, dice San Agustín: «La intención es la que hace buena la obra» (*In Ps. 21, en. 2*). El Señor dijo a Samuel: *El hombre mira la externa apariencia, mas Yahveh mira el corazón* (1 Reg. 1 Sam. 16, 7). Los hombres se contentan con las obras exteriores que ven; pero Dios, que ve el corazón, no se contenta con las obras si no ve que se las ejecuta con el fin recto de agradarle. David cantaba: *Te ofreceré holocaustos succulentos* (Ps. 65, 15). Las acciones que no van acompañadas de recta intención son víctimas sin sustancia que Dios rechaza. En las ofrendas que se presentan al Salvador, dice Salviano, no se detiene en el valor de lo ofrecido, sino en el afecto con que se le ofrece (*Ad. Avarit., l. 1*). Con razón se dijo de nuestro Salvador: *Todo lo ha hecho bien* (Mc. 7, 37), pues en todo cuanto hizo no buscó más que el agrado de su Eterno Padre: *No busco yo mi voluntad, sino la voluntad del que me envió* (*Dial. adv. Lucif.*).

Pero, ¡ah Dios mío!, qué pocas obras hacemos plenamente gratas a Dios, pues son pocas las que no vayan acompañadas de algún deseo de nuestra propia gloria. ¡Cuántos sacerdotes, en el día del juicio, dirán a Jesucristo: *Señor, Señor, ¿acaso no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre lanzamos demonios, y en tu nombre obramos muchos prodigios?* (Mt. 7, 22). Señor, hemos predicado, celebrado misas, oído confesiones, convertido almas, asistido moribundos. El Señor responderá: *Nunca jamás os conocí; apartaos de mí los que obráis la iniquidad* (ibid., 23). Apartaos, que nunca os conocí como mis ministros, ya que no trabajasteis por mí sino tan

sólo por vuestra gloria e intereses.

Por esto nos advierte Jesucristo que mantengamos secretas las buenas obras que hiciéremos: *No sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha* (Mt. 6, 3). Y la razón es, como explica San Agustín, «para que la vanidad no logre destruir lo que hubiéremos hecho por Dios» (*Serm.* 60 de temp.). Dios odia los robos en los sacrificios (Io. 61, 8). Por robo se entiende aquí buscar la gloria propia o los intereses propios en las obras de Dios. Quien ama de veras a Dios, dice San Bernardo, cierto que merece la recompensa, mas no la busca; la única recompensa que ambiciona es agradar al Dios a quien ama (*De dil. Deo.*, c. 7). En una palabra, añade, el verdadero amor está contento de sí mismo, de ser amor, y ya nada más busca.

He aquí las señales por las que se conoce si un sacerdote obra con recta intención: 1. Si ama los trabajos de su mayor desagrado y de menos relieve. 2. Si se queda tranquilo cuando sus planes o tiene éxito; quien obra por Dios, ya alcanza su fin, que es agradarle; quien, por el contrario, se intranquiliza al considerar el fracaso de sus planes, da indicios de que no ha obrado sólo por Dios. 3. Si disfruta del bien que hacen los demás como si él mismo lo hiciera y ve sin envidia que los demás emprendan las obras que emprenden, deseando que todos procuren la gloria de Dios, repitiendo con Moisés: *¡Pluguiera a Dios que todo el pueblo de Yahveh fuesen profetas!* (Num. 11, 29).

Los días del sacerdote, que todo lo hace por Dios, son días colmados (Ps. 72, 10), a diferencia de quienes obran por fines propios, de quienes se dice que *no llegarán a promediar sus días* (Ps. 54, 24). Por

esto dice San Eusebio que habemos de confesar que «sólo vivimos el día en que renunciamos a nuestra voluntad propia» (*Ad Monach.*, hom. 9). Séneca decía que «más nos obliga quien nos hace un obsequio insignificante, pero por amor nuestro, que quien nos lo hace aparatoso, pero por motivos interesados» (*De benef.*, l. 1, c. 7). Ciertamente, el Señor se complace más con una obra insignificante ejecutada más por obedecer su voluntad que con todas las obras más brillantes hechas por satisfacción propia. Jesucristo dijo de aquella pobre viuda que echó unos centimillos de limosna en el cepillo del templo que había dado más que todos los demás (Mc. 12, 43), lo que comenta San Cipriano diciendo: «Miró el Señor no el valor de la moneda, sino el del afecto con que la dió» (*De ope et eleem.*).

Viendo el abad Pambón pasar a una señora ricamente engalanada, rompió a llorar, y, como le preguntaran la causa, respondió: ¡Dios mío, cuánto más hace ésta para contentar a los hombres que lo que yo para contentar a Dios—Léese en la vida de San Luis Rey que en cierta ocasión se vió una mujer con una antorcha encendida en la mano y un vaso de agua en la otra; preguntóle un padre dominico, cortesano del rey, para qué llevaba esas cosas, y ella le respondió: «Con este fuego quiero abrasar el paraíso y con este agua apagar el infierno, para que únicamente sea amado Dios, pues se lo merece». ¡Dichoso el sacerdote que obra solamente por agradar a Jesucristo! Esto equivale a imitar a las almas bienaventuradas, que, como dice el Angélico, experimentan más gloria con la felicidad de Dios que con la propia, porque le aman más que a sí mismas (*De beatitud.*, c. 7).

3.º *Paciencia en los dolores y humillaciones*

En tercer lugar, el sacerdote que quiere santificarse ha de estar presto a sufrir en paz y por Dios la pobreza, las humillaciones, la enfermedad, todo, incluso la muerte. El Apóstol escribió: *Glorificad a Dios en vuestro cuerpo* (1 Cor. 6, 20). Estas palabras las comenta así el abad Gilberto: «San Pablo quiere que llevemos a Cristo, pero gloriosamente, no con tristeza ni quejas; que le llevemos, no que le arrastremos a la fuerza» (*In Cant.*, serm. 17). El alma no demuestra su amor a Dios aceptando los consuelos, sino los dolores y humillaciones, como dijo nuestro Redentor cuando salió al encuentro de los soldados que iban a prenderlo para darle muerte: *Es menester conozca el mundo que amo al Padre y que, como lo mandó el Padre, así lo hago. Levantáos, vamos de aquí* (Io. 14, 31). Por esto los santos, a ejemplo de Jesucristo, fueron alegremente a abrazarse con los tormentos y con la muerte, San José de Leonisa, capuchino, había de someterse a una operación dolorosísima, para lo que pretendían atarlo con cuerdas, y el santo, tomando el crucifijo en las manos, exclamó: ¡Cuerdas!, y ¿para qué cuerdas? Este Salvador mío, enclavado por mí en la cruz, es quien me ata y obliga a sufrir todas las penalidades por su amor. Y así sufrió la operación sin lamentarse. Santa Teresa decía: «¿Quién ve al Señor cubierto de llagas y afligido con persecuciones, que nos las abraza, y las ame, y las desee? San Bernardo se expresaba así: «Quien ama al crucifijo tiene por grata la ignominia de la cruz» (*In Cant.*, serm. 25).

Dice el Apóstol que especialmente nosotros,

sacerdotes, hemos de darnos a conocer por verdaderos ministros de Dios en la paciencia: *Acreditándonos en todo como ministros de Dios, con muchas paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en apreturas, en golpes, en prisiones, en motines, en fatigas, en noches sin dormir, en días sin comer* (2 Cor. 6, 4-5). Tomás de Kempis escribía: «En el día del juicio no se nos pedirá cuenta de lo que leímos, sino de lo que hicimos» (*De imit. Chr.*, l. 1, c. 3). Sabios hay que saben muchas cosas, y al cabo de ello no saben soportar nada por Dios; y lo que aun es peor, ni saben reconocer el gran defecto de su impaciencia: *Tiene ojos y no ve, oídos tiene y no oye* (ier. 5, 21). ¿De qué vale la ciencia a quien no tiene caridad? *Si conociere toda la ciencia..., mas no tuviere caridad, nada soy* (1 Cor. 13, 2). La caridad, como notó el mismo Apóstol, *es sufrida* (ibd., 7). Quien quiere santificarse ha de pasar por la persecución: *Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús serán perseguidos* (2 Tim 3, 12). Y antes lo dijo nuestro Salvador: *Si a mí me persiguieron, también a vosotros os perseguirán* (Io. 15, 20). «La vida de los santos, escribía San Hilario, no puede ser tranquila y tiene a menudo que pasar por contradicciones y probada con la paciencia» (*In Ps.* 128). El Señor aflige a quienes acepta por hijos (Hebr. 12, 6); *Yo a cuantos amo reprendo y corrijo* (Apoc. 3, 19). Y ¿por qué? Porque la paciencia es la prueba del amor y de la perfecta fidelidad del alma (Iac. 1, 4). Así lo declaró el arcángel San Rafael al santo Tobías: *Y puesto que eras acepto a Dios, necesario fue que la tentación te aquilatase* (Tob. 12, 13).

Quizás nos mortifique alguna vez la falta que no hemos cometido; pero ¿qué importa?, dice San

Agustín; «debemos aceptar aquella mortificación, al menos en satisfacción de otras faltas que pudiéramos haber cometido» (*In Ps.*, 68, *serm.* 1). Estemos persuadidos del consejo de Judit, que en esta tierra no nos vienen los castigos de Dios para ruina nuestra, sino para que nos enmendemos y evitemos así el castigo eterno (Judith 8, 27). Por lo tanto, si nos reconocemos deudores a la justicia divina por los pecados pasados, no tan sólo debemos aceptar con paciencia las tribulaciones que nos sobrevengan, sino que también debemos repetir con San Agustín: «Señor, quedad aquí, aquí cortad; no perdonéis aquí para que perdonéis en la eternidad». Job decía: «*Si aceptamos de Elohí el bien, ¿no hemos de aceptar también el mal?*» (Job 2, 10). Decía esto porque sabía sobradamente que los males, es decir, las tribulaciones de esta vida, aceptados pacientemente, nos reportan más ganancia que todas las ventajas temporales.

Y, sobre todo, los trabajos de la vida presente han de ser soportados de buena o de mala gana; quien los sufre pacientemente, gana méritos para el paraíso; quien los sufre con impaciencias, no deja de sufrirlos, pero mereciendo para el infierno. «Los mismos golpes, decía San Agustín, que sirven para llevar los buenos a la gloria, sirven para echar a los malos al fuego» (*Serm.* 52). Hablando el mismo santo del bueno y de mal ladrón, dice: «Unidos en un mismo suplicio, estaban separados por su manera de sufrir» (*Ep.* 185). Entrambos padecían la muerte, pero uno, por recibirla pacientemente, se salvó; en tanto que el otro, por padecerla blasfemando, se condenó. Vio el apóstol San Juan que los bienaventurados que disfrutaban de la vista de Dios en el cielo no procedían de las delicias de la tierra, sino de las tribulaciones,

por lo que oyó que decían: *Estos son los que vienen de la gran tribulación...; por eso están delante del trono de Dios* (Apoc. 7, 14).

4.º *Conformidad con la voluntad de Dios*

Finalmente, quien desea santificarse no debe querer más que lo que Dios quiere. Todo nuestro bien consiste en unírnos a la voluntad de Dios. *Su benevolencia de por vida* (Ps. 29, 6). Santa Teresa decía: «Toda la pretensión de quien comienza oración (y no se os olvide esto, que importa mucho) ha de ser trabajar, y determinarse, y disponerse, con cuantas diligencias pueda, a hacer su voluntad conforme con la de Dios; y, como diré después, estad muy cierta que en esto consiste toda la mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual». Esto es todo lo que nos pide el Señor, que le demos el corazón, es decir, la voluntad: *Dame, hijo mío, tu corazón* (Prof. 23, 26). Dice San Anselmo que «Dios nos pide el corazón como el mendigo que, a pesar de las repulsas, no se marcha y torna a sus peticiones» (*De mens. cruc.*, c. 5). No podemos, por tanto, ofrecer cosa más grata a Dios que nuestra voluntad, repitiéndole con el Apóstol: *Señor, ¿qué quieres que haga?* (Act. 9, 6).

Por eso escribió San Agustín que «no podemos hacer cosa más grata a Dios que decirle: Tomad posesión de nosotros» (*In Ps. 131*). El Señor, hablando de David, dijo que había hallado un hombre según su corazón; y ¿por qué? Porque David cumplía por completo la voluntad de Dios (Act. 13, 22). Procuremos, por tanto, repetir siempre sus palabras: *Ensé-*

ñame a cumplir tu voluntad (Ps. 142, 9). Enseñadme, Señor, a hacer únicamente lo que vos queréis. Para ello es necesario que nos ofrezcamos a menudo a Dios, repitiendo con el mismo santo Profeta: *Firme está mi corazón, ioh Dios!, firme mi corazón* (Ps. 56, 8).

Pero nótese que el mérito consiste en conformarnos con la voluntad de Dios, no tanto en las cosas que nos son gratas cuanto en las que son contrarias a nuestro amor propio; ésta es la piedra de toque del amor que profesamos a Dios. El Beato Juan de Avila escribía: «Esta es la verdadera señal de los hijos de Dios, que dejan su voluntad propia y hacen la de El, y esto no en las prosperidades (que aquello, poco es), mas en las adversidades, adonde vale más un «¡bendito sea Dios!» que tres mil gracias y bendiciones de prosperidades» (Madrid, Ap. de la Pr., 1941). Y aquí «es preciso que entendamos, dice San Agustín, que todo cuanto nos acaece, acaece por voluntad de Dios» (*In Ps. 148*); que esto significa lo que decía el Eclesiástico: *Felicidad y desgracia, vida y muerte, pobreza y riqueza, de Yahveh proceden* (Eccli. 11, 14). De aquí que, cuando alguno nos injuria, no quiere Dios el pecado de quien nos injuria, sino que quiere que suframos la ofensa. Así, pues, cuando se nos despoja de la reputación o de los bienes, debemos exclamar con Job: *Yahveh lo dió y Yahveh lo ha quitado: ¡el nombre de Yahveh sea bendito!* (Io 4, 13).

Quien ama la voluntad de Dios, aun aquí abajo disfruta de inalterada paz: *Pon en el Señor tus complacencias y de tu corazón colmará el ansia* (Ps. 36, 4). Nuestro corazón, como creado para un bien infinito, no se puede contentar con todas las criaturas,

que son finitas; de aquí que, por muchos que fueren los bienes que acumuláremos, si no fueren Dios, nuestro corazón no se contentaría y siempre buscaría más; pero cuando halla a Dios lo encuentra todo y Dios satisface todos sus deseos. Por eso dijo el Señor a la samaritana: *Quien bebiere del agua que yo le diere, no tendrá sed eternamente* (Io. 4, 13). Y en otro lugar dijo: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados* (Mt. 5, 6). Por eso quien ama a Dios nunca se aflige, por contrariedades que le sobrevengan (Prov. 12, 21). El justo sabe que cuanto le acontece, proviene por voluntad de Dios. Cuando los santos son humillados, dice Salviano, tienen lo que desean: si padecen pobreza, disfrutan de ser pobres; en un palabra, quieren tan sólo lo que Dios quiere, y por esto disfrutan de inalterable paz (*De gub. Dei, l. 1*). Ciertamente que es permitido en las tribulaciones acudir al Señor para que nos libre de ellas, como pidió Jesucristo en el huerto de los Olivos: *Padre mío, si es posible, pásame de mí este cáliz* (Mt. 26, 39); pero hay que añadir inmediatamente, como añadió el Redentor: *Mas no como yo quiero, sino como quieres tú* (ibid.).

Ciertamente que lo que Dios quiere es lo mejor para nosotros. El P. Avila escribió a cierto sacerdote enfermo: «No tanteéis lo que hiciérais estando sano; más cuánto agradaréis al Señor con contentaros con estar enfermo. Y si buscáis, como creo que buscáis, la voluntad de Dios puramente, ¿qué más se os da estar enfermo que sano, pues que su voluntad es todo nuestro bien?» (Madrid, Ap. de la P., 1941). Resignémonos a todo, aun a ser molestados por las tentaciones que nos inducen a ofender a Dios. Pedía el Apóstol al Señor lo librara de sus muchas tenta-

ciones contra la castidad: *Se me dió una espina en mi carne, emisario de Satanás... Sobre esto tres veces rogué al Señor que se alejase de mí* (2 Cor. 12, 7); pero Dios le respondió: *Te basta mi gracia* (ibid.). Persuadámonos que Dios no sólo desea, sino que está solícito de nuestro bien; *El Señor, empero, cuídase de mí* (Ps. 39, 18). Abandonémonos, pues, en sus manos, porque tiene mucho cuidado de nosotros (1 Pet. 5, 7).

¡Cuál no será el consuelo del alma en la hora de la muerte si se viere completamente conforme con la voluntad de Dios! Mas quien quiera morir con esta conformidad, tiene, en primer lugar, que conformarse en la vida. Procuremos, por tanto, acostumbrarnos a resignarnos, repitiendo siempre la máxima de los santos, enseñada por Jesucristo: *Hágase tu voluntad* (Mt. 6, 10). O también como dijo nuestro mismo Salvador: *Bien, Padre, que así pareció bien en tu acatamiento* (Mt. 11, 26). Ofrezcámonos también continuamente a Dios, diciendo con su divina Madre: *He aquí la esclava del Señor* (Lc. 1, 38); disponed de mí y de cuanto me pertenece como os pluguiere, pues todo lo acepto. Santa Teresa se ofrecía a Dios cincuenta veces al día. Digámosle también con el Apóstol: *Señor, ¿qué quieres que yo haga?* (Act. 9, 6). Dios mío, dadme a conocer lo que de mí queréis, que todo lo quiero hacer.

Grandes cosas hicieron los santos para encontrar la voluntad de Dios: unos se internaron en los desiertos, otros se encerraron en los claustros y muchos sacrificaron la vida entre tormentos. Unámonos también nosotros, sacerdotes, con la voluntad de Dios y santifiquémonos, pues estamos más obligados

que los demás, y no desconfiemos por nuestros pecados pasados. «Dios, dice San Bernardo, no mira lo que hizo el hombre, como dijimos arriba, sino qué quiere ser en adelante». La voluntad determinada triunfa de todo con la ayuda divina.

Recemos siempre, porque quien pide recibe (Mt. 7, 8). Y entre las oraciones, que nos sea particularmente estimada la hermosa súplica de San Ignacio de Loyola: «Dame, Señor, tu amor y tu gracia, y con ello soy suficientemente rico» (*Otat. «Suscipe, Domine», in Brev. Rom. in actione gratiarum post M.*). Y este don del amor divino hay que buscarlo continua e instantemente, como lo pedía San Agustín con esta oración: «Oídmeme, oídmeme, Dios mío, padre mío, honra y salvación mía, mi luz y mi vida; oídmeme, oídmeme. Cura y abre mis ojos. Recibe a quien huyó de ti, a pesar de haber servido a tantos enemigos tuyos. Conviérteme en puro y perfecto amador de tu sabiduría» (*Solil.*, l. 1, c. 1) Y «al pedir las gracias, añadiré con San Bernardo, valgámonos siempre de la intercesión de María, que alcanza a sus siervos cuanto pide a Dios» (*De aquaed.* n. 8: ML 183, 441-442).

PLATICA XI

SOBRE LA DEVOCION A MARIA SANTISIMA

(Esta plática se puede predicar tanto como sermón como a modo de plática, según se prefiera; pero en entrambos casos se ruega a quien predique a los sacerdotes que no omita esta predicación, porque tal vez sea más útil que todas las demás, puesto que sin

la devoción a María Santísima es moralmente imposible que el sacerdote sea bueno.)

Consideremos en primer lugar la necesidad que tienen los sacerdotes de la intercesión de María y a continuación la confianza que han de tener en esta divina Madre.

I. Necesidad moral de la intercesión de la Santísima Virgen

En cuanto a la necesidad de la intercesión de la Madre de Dios, es cierto que el concilio de Trento dice tan sólo que la intercesión de los santos es útil, sin declarar que sea necesaria. Con todo, Santo Tomás se propone esta duda: «Si hemos de pedir a los santos que intercedan por nosotros», y responde afirmativamente, diciendo que «el orden de la ley divina exige que los mortales nos salvemos por mediación de los santos, alcanzando por su medio las gracias necesarias para la salvación» (*In 4 Sent.*, dist. 45, q. 3, a. 3). He aquí sus palabras: «Según San Dionisio, el orden establecido entre los seres exige que los últimos vuelvan a Dios por medio de los que se hallan más aproximados a El. Y como los santos que están en la patria están muy próximos a Dios, el orden de la divina ley exige que nosotros, que estamos retenidos lejos del Señor por los lazos del cuerpo, volvamos a El por intermedio de los santos». Y añade a continuación: «Así como los beneficios de Dios nos vienen por medio de los sufragios de los santos, así es preciso que volvamos a Dios para recibir de nuevo, con su mediación, otros beneficios». En igual pensamiento abundan otros autores, y en

especial el continuador de Tournely, que dice con Silvio: «Por ley natural estamos obligados a observar el orden establecido por Dios, que determinó que los inferiores llegaran a la salvación implorando el auxilio de los superiores (*De Relig.*, p. 2.^a, a. 5).

Pues bien, si esto se aplica a la intervención de los santos, con mayoría de razón se aplica a la intercesión de María, cuyos ruegos ante Dios valen más que todos los de los santos. Escribe Santo Tomás que «los santos pueden salvar a muchos en virtud de la gracia abundante que Dios les otorga, pero que la Santísima Virgen mereció tanta gracia que puede salvar a todos» (*Expos. in Sal. Amg.*). Y San Bernardo dice que así como tenemos acceso a Dios por medio de su Hijo, Jesucristo, así tenemos acceso al Hijo por medio de la Madre» (*In Adv. Dom.*, serm. 2); de lo que concluye que todas las gracias nos vienen de Dios por mediación de María. «Dios puso en María, son sus palabras, la plenitud de todo bien, de suerte que, si tenemos esperanzas de gracia y de salvación, hemos de reconocer que provienen de la sobreabundancia de quien es huerto de delicias, para que de ella, como de jardín delicioso, se exhale los aromas de la gracia por doquiera» (*De aquaed.*). Y la razón que da el santo es ésta: «Tal es la voluntad de quien quiso que todo lo tuviéramos por medio de María» (*De aquaed.*). A esto se reducen los textos de la Escritura que la santa Iglesia aplica a María: *quien me halla, ha hallado la vida* (Prov. 8, 35). *Los que obran por mí, no pecarán. Los que me esclarecen tendrán la vida eterna* (Eccli. 24, 25). Sirva para confirmarnos en este sentimiento lo que nos hace decir la santa Iglesia en la *Salve Regina*, en que se nos hace llamar a María: «Vida, dulzura y esperanza nuestra»

(Ant. *Salvae Regina*).

San Bernardo nos exhorta a recurrir a esta Madre de Dios con segura confianza de alcanzar las gracias que pidiéremos, porque el Hijo no sabe negar nada a la Madre. Y afirmaba que María «era toda la razón de su esperanza», concluyendo que todas las gracias que necesitamos las hemos de buscar por medio de María, porque alcanza cuanto pide y sus ruegos no pueden ser desoídos (*De aquaed.*, n. 8: *ML* 183, 441-442). Y antes que San Bernardo, se expresó idénticamente San Efrén: «No tenemos más esperanza que vos, Virgen purísima» (*De laudius B. M. V.*). Lo mismo dijo San Ildefonso: «Todos los bienes que la divina Majestad determinó otorgarnos, quiso ponerlos en vuestras manos y os confió todos sus tesoros y todos los joyeles de sus gracias» (*De cor. virg.*, c. 15). En el mismo sentido abundó San Pedro Damiano: «En tus manos están todos los tesoros de las misericordias de Dios» (*De Nativ.*, s. 1). De igual modo se expresó San Bernardino de Siena: «Tú eres la dispensadora de todas las gracias; nuestra salvación está en tus manos». Lo mismo dijeron también San Juan Damasceno, San Germán, San Anselmo, San Antonino, el Idiota y muchos otros graves autores, como Séñeri, Paciuchelli, Crasset, Vega, Mendoza y otros con el docto P. Natal Alejandro, que escribió: «Dios quiere que esperemos de El todos los bienes por la poderosísima intercesión de la Madre Virgen, a condición de que la invoquemos cual conviene» (*Ep. 50 in calce Theolog*). Lo mismo dejó escrito el P. Contenson, quien explicando las palabras de Jesús en la cruz a San Juan: *He ahí a tu Madre* (Io. 19, 27), añade: «Nadie participará de los merecimientos de mi sangre sino por la intercesión

de mi Madre. Mis llagas son fuentes de gracias, pero las fuentes no se deslizan sino por el canal de María. Discípulo mío, Juan, tanto te amaré cuanto tú la amares» (*Theol. ment. et cord.*, tít. 2, l. 10, dist. 4, c. 1).

Si todos han de ser devotos de esta Madre de Dios por la necesidad moral en que todos estamos de la intercesión de María, con mayoría de razón debemos serlo los sacerdotes, quienes por nuestras mayores obligaciones necesitamos mayores gracias para salvarnos. Siempre debemos estar los sacerdotes a las plantas de María, pidiéndole que nos socorra. San Francisco de Borja recelaba mucho de la perseverancia y de la salvación de quienes no tienen especial devoción a la Señora, porque, como dice San Antonino, «quien pretende las gracias sin la intervención de María, intenta volar sin alas» (p. 4.^a, tít. 15, c. 22). Y San Anselmo se atreve a decir que «es imposible que se salve quien la abandona» (*Orat.* 51). Lo mismo dejó escrito San Buenaventura: «Quien la abandonare, morirá en su pecado» (*Psalt.* B. V. M., ps. 116). San Alberto Magno dijo: «Quien no os sirviere, perecerá» (*Bibl. Mar. Is.*, n. 20). Y Ricardo de San Lorenzo: «En el mar del mundo se sumergirán cuantos no se refugiaren en esta nave» (*De laud. B. M. V.*, l. 11). Por el contrario, quien es fiel en la servidumbre de la Santísima Virgen, ciertamente se salvará. ¡Oh Madre de Dios!, decía San Juan Damasceno, si en vos confío, me salvaré. Si me viere bajo vuestra protección, nada temeré, porque ser vuestro devoto equivale a tener las armas para asegurarse la victoria, que Dios no concede más que a quienes quiere salvar.

II. Confianza que se debe tener en la intercesión de la Madre de Dios

Veamos ahora la confianza que habemos de tener en la intercesión de María, por ser tan poderosa y tan compasiva.

I. Con relación a su poder. Cosme de Jerusalén llamaba a la intercesión de nuestra Reina no sólo poderosa, sino omnipotente (*Hymn.* 6). Y Ricardo de San Lorenzo escribe: «El omnipotente Hijo comunicó la omnipotencia a su Madre» (*De laud. B. M. V.*, l. 4). El Hijo es omnipotente por naturaleza; la madre lo es por gracia, porque alcanza de Dios cuanto pide. Y esto, por dos razones: la primera, porque María ha sido la criatura más fiel y la más amante de Dios; por lo que, como dice el P. Suárez, el Señor la ama más que a todos los demás bienaventurados juntos. Cierta día oyó Santa Brígida que Jesús decía a su Madre: Madre, pídemelo lo que quieras, porque tus ruegos no pueden quedar sin efecto (*Rev.*, l. 6, c. 23); y añadió luego: «Porque tú no me negaste nada en la tierra, yo nada te negaré en el cielo» (*Rev.*, l. 6, c. 23). La segunda razón es que María es Madre, por lo que dice San Antonino que sus ruegos tienen caracteres de mandato, por ser ruegos de Madre (p. 4.^a, tít. 15, c. 17, § 4). De aquí que el Damasceno le dijese: «Señora, vos sois omnipotente para salvar a los pecadores y no necesitáis recomendación alguna ante Dios, pues sois su Madre». San Jorge de Nicomedia escribe que Jesús, para satisfacer de alguna manera lo obligado que está con María, por haberle dado el ser humano, hace cuanto le pide (*Or. de Ingr. B. V.*). Y por eso llega a decir San Pedro Da-

miano que, «cuando María se le acerca a pedirle alguna gracia para sus devotos, se le acerca no sólo con ruegos, sino con mandatos, como señora y no como sierva, y el Hijo la honra no negándole nada».

Desde que María se hallaba en esta tierra tuvo el privilegio de ver cómo su Hijo la honraba, despachando favorablemente todos sus ruegos. San Juan Crisóstomo, hablando de la petición que hizo al Hijo la Santísima Virgen de proveer de vino a quienes de él carecían en las bodas de Caná de Galilea, con sólo decirle: *No tienen vino* (ibid., 4), dice que, a pesar de que el Redentor parece haber negado la concesión de la merced respondiendo: *¿Qué tenemos que ver tú y yo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora* (ibid., 4), sin embargo no dejó de acceder a la petición de su Madre (In Io., hom. 21).

Los ruegos de María, dice San Germán, alcanzan gracias insignes a los pecadores más perdidos, porque son ruegos avalados con la autoridad de Madre (In dorm. Deip., serm. 2). En una palabra, no hay nadie, por impío que sea, a quien María no pueda salvar con su intercesión si se lo propone; por lo que le decía San Jorge, arzobispo de Nicomedia: «¡Oh excelsa Madre de Dios!, tienes poder insuperable y ni la muchedumbre de los pecados puede sobrepujar tu clemencia. Nada resiste a tu poder, pues el Creador estima como propia tu gloria» (De ingressu B. V. N. in templum: MG 100, 1439). «Nada, pues, os es imposible, Reina mía, le dice San Pedro Damiano, ya que podéis socorrer y salvar hasta a los desesperados» (De Nat. B. V. M., serm. 44, inter «Opera S. Petri Damiani»; ML 144, 740).

II. Tanto como el poder de María para salvarnos con su intercesión, brilla su misericordia en querer-

nos salvar. «Ni le falta poder ni le falta voluntad», dice San Bernardo (*In Assumpt.*, s. 1). Llámase Madre de misericordia porque la compasión que nos tiene la mueve a amarnos y socorrernos, como la madre socorre al hijo enfermo. El amor de todas las madres juntas, dice el P. Nieremberg, no llega al amor que María tiene a un solo devoto suyo que se le encomienda. Por eso se la compara al hermoso olivo que se halla en la llanura: *Como gallardo olivo en la llanura* (Eccli. 24, 19). Dícese en la llanura, comenta el cardenal Hugo, para que todos la vean y se refugien en ella (Cf. *Appendix ad HUGONIS Opera mystica*, serm. 47, *In Assumpt.*: ML 177, 1028). Así como el olivo da aceite, símbolo de misericordia, así María difunde sus misericordias sobre quienes recurren a ella.

El bienaventurado Amadeo y el venerable San Beda (*In cap. 1 Lc.*) aseguran que nuestra Reina está continuamente en el cielo rogando por nosotros. San Bernardo exclama: Y «¿qué otra cosa puede brotar de una fuente de misericordia sino misericordia?» (*Dom. 1 post. Epiph. serm. 1*). Santa Brígida oyó que nuestro Salvador decía a María: «Madre, pídemelo que quieras», y que María respondió: «Pido misericordia para los miserables» (*Rev.*, 1. 6, c. 32; l. 1, c. 50). Como si dijese: «Hijo, ya que me hicisteis Madre de misericordia, ¿qué he de pedirlos? No os pido más que piedad para los miserables pecadores». La inmensa caridad en que arde el corazón de María para con nosotros, dice San Bernardo, la fuerza a abrir a todos el seno de la misericordia (*In Sign. magn.*).

San Buenaventura decía que «mirando a María se

le hacía no ver ya la justicia que lo espantase, sino la divina misericordia que Dios puso en manos de María para socorrer a los miserables» (*Stim. div. am.*, p. 3.^a, c. 19). Y, según San León, María está colmada de tanta misericordia que se la debe llamar la misma misericordia (cf. *Mariale*, q. 163, n. 10). En efecto, ¡oh Madre de misericordia!, exclama San Germán, «después de Jesucristo, ¿quién tiene tanta solitud de nuestro bien como vos? ¿Quién nos socorre como vos en nuestras aflicciones? ¿Quién combate así a favor de los pecadores? Por eso, vuestro patrocinio es mayor que lo que se pudiera imaginar» (*De zona Deip*). San Agustín, hablando de María, escribe: Sabemos, ¡oh María!, que sólo «vos os interesáis por nuestro bien más que todos los santos» (S. BUENAVENTURA, *Spec. B. V.*, lect. 6). Como se dijera: «¡Oh Madre de Dios!, cierto que todos los santos desean nuestra salvación; pero el celo que vos desarrolláis, asistiéndonos desde el cielo, y el amor que nos profesáis, obteniéndonos incesantemente tanto cúmulo de gracias derramadas a manos llenas, nos impulsan a declarar que sólo vos nos amáis, verdaderamente y que sólo vos sois la llena de solitud por nuestro bien». Y San Germán añade: «María ruega siempre por nosotros y torna a rogar, «sin saciarse nunca de interceder en nuestra defensa» (*De zona Deip*).

Bernardino de Bustos dice que «más desea María dispensarnos mercedes que nosotros recibirlas» (*Marial.*, p. 2.^a, serm. 6: Opera, t. 3 [Brixiae 1588], p. 185). Y añade esta reflexión: que así como el demonio, según dice San Pedro, *como león rugiente anda en torno buscando a quien devorar*, (1 Pet. 5, 8), «así anda María en torno buscando a quien sal-

van» (*marial.*, p. 3.^a, serm. 1). Y yo pregunto: ¿quién recibe las gracias de María?; y respondo: el que las quiere. Decía cierta alma santa: A María le basta pedir las gracias para obtenerlas. San Ildefonso escribía que «debemos pedir a la Señora nada más que ruegue por nosotros, porque ella con sus ruegos nos alcanzará gracias mayores que las que nosotros pudiéramos pedir» (*De Reth.div.*, c. 18). ¿Por qué hay muchos que no reciben gracias de la Señora? Porque no las quieren. Quien esté ligado por la pasión del interés, o de la ambición, o de afecto no puro, no quiere la gracia de verse libre de ella, porque no la pide; si la pidiera a María, ciertamente la alcanzaría. Pero desgraciado e infeliz, dijo la misma Santísima Virgen a Santa Brígida, el que, pudiendo recurrir a ella en esta vida, quede por su culpa miserable y perdido en sus pecados! (*Rev.*, l. 2, c. 23) Tiempo vendrá en que querrá acudir a la Virgen, y no podrá.

¡Ah!, no nos exponamos a tamaño peligro. Recurramos siempre a esta divina Madre, que no sabe dejar descontento a quien a ella recurre. «Es tan benigna, dice Luis de Blois, que no permite que nadie se aparte triste de ella» (*Allop.*, l. 1, p. 4.^a, c. 12). «María está siempre pronta a ayudar a quien la invoca, como dice Ricardo de San Lorenzo» (*De laud. B. M.V.*, l. 2, p. 1). Y Ricardo de San Víctor añade que «la compasión de María previene nuestras súplicas y nos socorre antes de que se lo pidamos» (*In Cant.*, c. 23). Y la razón es, añade el mismo autor, porque «María está tan colmada de misericordia, que no puede ver nuestras miserias sin ayudarnos» (*In Cant.*, c. 23) Y «¿quién, exclama Inocencio III, recurrió a María sin que le atendiera?» (*Sermones de Sanctis. Sermo de Assumpt.*: ML 217, 584, serm. 2).

«¿Quién imploró nunca su socorro, pregunta también el bienaventurado Eutiquio, y fue de ella abandonado?» (SIRIUS, 4 febr., *Vit. S. Theoph.*). ¡Oh Virgen santa!, añade San Bernardo, «si se hallara alguien que después de haberos invocado se acordara no haber sido socorrido por vos, paso porque éste deje de alabar vuestra misericordia» (*De Assumpt.*, serm. 4, n. 8: ML 183, 428). Pero no, este caso no se ha dado ni se dará; porque María, dice San Buenaventura, no puede menos de compadecer y socorrer a los miserables (*Stim. div. am.*, p. 3.^a, c. 13). Por lo que añadía el santo que «ofenden a esta Madre de misericordia, que tanto desea ayudarnos y vernos salvos, no sólo quienes la injurian positivamente, sino también quienes dejan de pedir sus gracias» (*Stum. div. am.*, p. 3.^a, c. 13).

Recurramos, pues, a María, y no desconfiemos de su misericordia al vernos indignos de ser oídos a causa de nuestros pecados. Reveló el Señor a Santa Brígida que hasta Lucifer se salvaría si el soberbio se humillara y le pidiese su socorro. Y la misma Virgen dijo a la propia Santa Brígida que «cuando un pecador se acerca a sus plantas, no mira los pecados que trae, sino la intención con que se acerca, y si viene con ánimo de cambiar de vida, lo cura y lo alcanza la salvación» (*Rev.* l. 2, c. 23; l. 6, c. 17). Por eso San Buenaventura llamaba a María «salvación de los que la invocan». Basta recurrir a María para salvarse.

III. Práctica de la devoción a María Santísima

Vuelvo a repetirlo: acudamos siempre a esta excelsa Madre de Dios, pidiéndole se digne proteger-

nos. Y para merecer mejor su protección, procuremos honrarla cuanto podamos. Al gran siervo de María, San Juan Berchmans, de la Compañía de Jesús, preguntáronle sus hermanos, en la hora de la muerte, qué podían hacer para granjearse la gracia de María, y él les respondió: «Cualquier cosa, por pequeña que sea, con tal de que sea constante». Basta cualquier insignificante obsequio para asegurarse la protección de la Madre de Dios. Ella se contenta con el más mínimo de nuestros esfuerzos, con tal de que sea perseverante, porque «es tan liberal, que suele recompensar, como dice San Andrés Cretense (*Oratio 14, tertia in SS. D. N. Deiparae dormitio-nem*: MG 97, 1102), las cosas más pequeñas con abundantes gracias». Mas no nos contentemos con ello y ofrezcámosle cuantos obsequios de suelen ofrecer ordinariamente sus devotos, como el rezo diario del rosario, celebrar sus novenas, ayunar en el sábado, llevar el escapulario, visitarla a diario en alguna de sus imágenes para pedirle alguna gracia especial, leer todos los días algún libro que trate de sus alabanzas, saludarla al salir y al entrar en casa, ponerse bajo su protección al levantarse y al acostarse, rezando tres avemarías en honor de su pureza.

Estas devociones suelen practicar los mismos se-glares; pero nosotros, sacerdotes, podemos aún honrarla más con la predicación de sus glorias e inculcando en los demás su devoción. *Los que me esclaren tendrán vida eterna* (Eccli. 24, 31). La Virgen prometió la vida eterna a quienes se dedicaran en esta tierra a hacerla conocer y amar. El bienaventurado Héming, obispo, comenzaba todos sus sermones ensalzando a María. Tanto le agradó a la Madre de Dios, que dijo cierto día a Santa Brigida: «Di a

ese prelado que quiero ser su Madre y que en la hora de la muerte presentaré su alma a mi Hijo». ¡Qué cosa tan grata a la Santísima Virgen haría el sacerdote que todos los sábados predicase en cualquier iglesia u oratorio un sermoncito popular sobre la Señora, hablando especialmente de su piedad y del deseo que tiene la Santísima Virgen de socorrer a todo el que la invoca! La misericordia de María, en expresión de San Bernardo, es el más poderoso atractivo para mover a los pueblos a su culto. Al menos, procure el predicador en todas sus instrucciones, antes de terminarlas, hacer que los fieles recurran a María Santísima, pidiéndole una gracia especial.

En una palabra, dice Ricardo de San Lorenzo, «quien honra a María gana tesoros de vida eterna» (*de laud. B. M.*, l. 2, p. 1.^a). Con este fin, hace tan sólo algunos años que publiqué mi libro titulado *Las glorias de María*, y procuré enriquecerlo con autoridades de Escritura, de Santos Padres, de ejemplos y de prácticas devotas, para que no tan sólo sirviera a todos de lectura, sino que sirviese de modo especial a los sacerdotes de arsenal de predicación de las alabanzas de la Madre de Dios e inspirara al pueblo ferviente devoción a la Madre de Dios.

INDICE

LA DIGNIDAD Y SANTIDAD SACERDOTAL o Selva de materias predicables

PARTE PRIMERA:

INTRODUCCION	7
CAPITULO I.— <i>De la dignidad del sacerdote</i>	9
CAPITULO II.— <i>Del fin del sacerdote</i>	22
CAPITULO III.— <i>De la santidad que ha de tener el sacerdote</i>	30
CAPITULO IV.— <i>De la gravedad y del castigo de los pecados del sacerdote</i>	47
CAPITULO V.— <i>Del daño que causa al sacerdote la tibieza</i>	61
CAPITULO VI.— <i>Del pecado de incontinencia</i>	76
CAPITULO VII.— <i>De la misa sacrilega</i>	89
	351

CAPITULO VIII.— <i>Del pecado del escándalo.....</i>	102
CAPITULO IX.— <i>Del celo que ha de animar al sacerdote</i>	114
CAPITULO X.— <i>De la vocación al sacerdocio.....</i>	142

PARTE II

PLATICA I.— <i>Sobre la celebración de la misa.....</i>	163
PLATICA II.— <i>Sobre el buen ejemplo que ha de dar el sacerdote.....</i>	182
PLATICA III.— <i>Sobre la castidad del sacerdote</i>	192
PLATICA IV.— <i>Sobre la predicación y la administración del sacramento de la penitencia</i>	210
PLATICA V.— <i>Sobre la oración mental y sobre el oficio divino.....</i>	234
PLATICA VI.— <i>Acerca de la humildad</i>	248
PLATICA VII.— <i>De la mansedumbre.....</i>	263
PLATICA VIII.— <i>Sobre la mortificación, y en especial sobre la mortificación interior</i>	276
PLATICA IX.— <i>De la mortificación externa</i>	298
PLATICA X.— <i>Del amor a Dios.....</i>	318
PLATICA XI.— <i>Sobre la devoción a María Santísima</i>	338